

Parte VI

La propuesta: sistemas de intercambio discursivo mediático

Quien empieza por instalarse en las pretendidas evidencias del yo, ya no sale de ahí. El conocimiento de los hombres les parece, a veces, más fácil a quienes se dejan coger en la trampa de la identidad personal. (Lévi-Strauss, 1970a: 361)



1. LOS SISTEMAS DE INTERCAMBIO DISCURSIVO MEDIÁTICO⁴⁶

Una vez decidido que los sistemas de intercambio discursivo mediático son las unidades de análisis del trabajo semiótico de investigación, pero también la propuesta de articulación con otras disciplinas que estudian el fenómeno, es imprescindible entender la estructura íntima de esos sistemas.

⁴⁶ Esta sección está relacionada con el trabajo con Oscar Traversa de una manera que ninguna secuencia de citas puede representar. Desde fines de la década del 80 organizaba sus cursos sobre Historia y/o Teorías de los Medios alrededor del concepto de *configuración comunicacional*, como el conjunto de *vínculos sociales* que se organizaba alrededor de un sistema de mediatización (imprenta, fotografía, medios del sonido, cine, televisión); cada configuración excedía la noción de medio, recuperaba siempre lo tecnológico, proponía observaciones sobre lo genérico-estilístico y sus metadiscursos, y registraba las transformaciones en la vida social alrededor de cada una de esas configuraciones. Ese concepto, que podría haber sido nuclear, entiendo que se fue (lo fuimos) convirtiendo en intersticial. Sin esas décadas de aprendizaje, esta sección sería imposible.

Ese enfoque permite dejar de lado, como fuentes de una vida académica previsible, tanto las grandes configuraciones macro de las mediatizaciones y sus relaciones con lo social, como la esperanza parroquial en la especialización en algunas de sus partes (sus emisores, algunos de sus tipos discursivos, sus audiencias o sus usuarios, sus propietarios o sus opositores).

¿Qué es lo que permite que un sistema de intercambio discursivo se produzca y reproduzca? ¿Qué marcos teóricos permiten mantener el sistema de intercambio como unidad de análisis de la investigación sobre mediatización? Es necesario sostener el foco en ese nivel de complejidad, pero se ejemplificará con casos de diseño gráfico de una parte de la interfaz de usuario (pantalla) de dos plataformas multimediáticas. Una, Vortexix.com, que se anuncia como *Radio en vivo* y a la vez como *la plataforma multimedia digital de Mario Pergolini*, y, otra, Futuröck FM (sic), que se presenta como *la primera radio profesional por Internet de Argentina*.⁴⁷ Como se ve, se trata de fenómenos relativamente intersticiales pero con permanencia y, en los que, desde las propias autopresentaciones, la problemática del *postbroadcasting* y sus fronteras resulta evidente.

En este campo teórico, dos grandes puntos de vista se han aplicado para entender el estatuto del intercambio: el de la *interacción*, proveniente de un sector de las ciencias sociales, y el de la *enunciación*, proveniente de un sector de las ciencias del discurso. Frente a las mediatizaciones, la necesidad de vincularlos abre otra posibilidad de que una semiótica se considere como *sociosemiótica*. Primer enfoque:

- *Interacción*: tal vez no haya una acción que represente mejor la vida en las nuevas mediatizaciones, con sus redes, sus aplicaciones y sus plataformas; para partir de lo básico, “una

⁴⁷ Vortexix en <https://vortexix.com/> y Futuröck en <https://futurock.fm/>

interacción es un vínculo, en tanto que las relaciones de ser más grande que algo o estar a la izquierda de algo no lo son” (Bunge, 2004a: 57); es decir que la interacción no debe confundirse con la copresencia, es necesario determinar las relaciones entre los componentes del intercambio.

- *Enunciación*: en los términos que se proponen aquí, lo enunciativo fue el esfuerzo de la lingüística y de la semiótica por dar cuenta de los efectos de intercambio discursivo desde un punto de vista no sociológico; sea desde la lingüística, proponiendo enfoques figurativos sobre los enunciados y tópicos de juegos entre *yo*, *tú* y *él* (Benveniste, 1985: 88-91), sea desde proposiciones pragmáticas, proponiendo diferentes tipos de *actos de habla* y posibles efectos sobre el receptor y los referentes (Searle, 1990: 31-34) o, ya desde la semiótica, reconstruyendo el efecto de “situaciones comunicacionales” (Steimberg, 2013: 53), o los diversos niveles en la complejidad de los *contratos de lectura* que cada medio propone a sus receptores (Verón, 1985: 193).

En general, el fenómeno de la interacción es considerado la más profunda y evidente frontera entre los medios masivos y las mediatizaciones en red. Los avances en inteligencia artificial, la progresiva presencia de intercambios con y entre máquinas o a través de algoritmos de construcción automática, no disuelven la ilusión de que allí el individuo, muchas veces investido como *actor-red*, ha encontrado su espacio de expresión.

Hace más de quince años Carlos Scolari, en el último capítulo de su *Hacer clic* –luego de un complejo recorrido sobre las nociones de interfaz, sus efectos de transparencia, sus figuraciones y conceptualizaciones–, recuperaba el subtítulo del volumen para proponer “un camino hacia una sociosemiótica de las interacciones digitales” (Scolari, 2004). Sin dudas, el de Scolari es uno de los aportes que abrió la puerta al *segundo momento* en el estudio de las nuevas mediatizaciones.

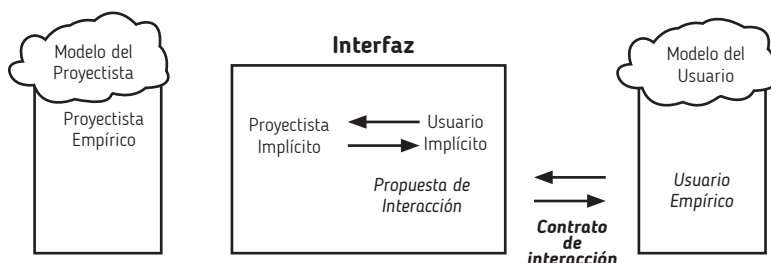


Figura 8. El modelo semio-cognitivo con relaciones entre diseño y uso/s (Scolari, 2004: 160, Figura 5.2)

En el libro, se despliega una propuesta para profundizar en las posibilidades de diseño de las interfaces sin caer en la ilusión de la libertad expresiva. Se apoya en la articulación de la sociosemiótica de los medios con citas a Verón, Bettetini y Eco, y la teoría cognitiva de Don Norman, como “modelo estándar dentro de la interacción Persona-Ordenador que se presenta como el resultado de articulación entre (...) dos modelos (*el del projectista y el del usuario*) conceptuales y una *interfaz*” (Scolari, 2004: 149-163). Norman registra que, luego del diseño, en el sistema inciden los usuarios del modelo, y que la respuesta al modelo no es sólo en términos *funcionales*, sino que influye la imagen que propone el sistema: la interacción es simbólica. Se verá la importancia de ese punto de vista para analizar la gráfica (y sólo la gráfica) de las plataformas. Por otro lado, en las afirmaciones de Norman está el principio de la parte de maduración de las plataformas por iniciativas de los usuarios y en el modelo de Scolari una propuesta de aplicación del concepto de *contrato de lectura* de Verón a la interacción en pantallas (Figura 8).

A partir de allí y de su descripción de los límites de lo cognitivo y su preocupación por la *evolución de las interfaces*, Scolari anuncia el camino que emprenderá hacia las teorías *coevolutivas*, desde el que contacta plenamente con la noción de complejidad (Scolari,

2004: 230). Ese camino, que nunca lo alejó de las preocupaciones semióticas, de todos modos, lo inscribe hace tiempo entre los autores más productivos y desafiantes de la *media ecology* (Scolari, 2015, 2018, 2019).

En esos momentos, la semiótica de los medios, inscrita en la teoría de la enunciación, había renunciado parcialmente a la pragmática en buena parte por la crítica veroniana a la falta de correlación extensa entre los *actos sociales* y los *actos lingüísticos*. Verón observó que los *verdaderos performativos* (*realizativos explícitos* en Austin, 1982) se distinguen, entre otras cosas, por su rareza, y que la tipología de los actos *de lenguaje* debería ir acompañada por una tipología del conjunto de los comportamientos sociales (Verón, 1987: 188), lo que no es verificable.

John L. Austin distinguía “el acto locucionario (...) que posee *significado*; el acto ilocucionario, que posee una cierta *fuerza* al decir algo; y el acto perlocucionario, que consiste en lograr ciertos *efectos* por (el hecho de) decir algo” (Austin, 1982: 166). Es decir, según Verón, un juez *condena*, y su condena se convierte en acto si es en el *contexto de un juicio institucionalmente establecido*; si no, es una opinión como cualquier otra. Los performativos son los enunciados que ejercerían influencia sobre el interlocutor. Esto en los medios masivos siempre se vio más como una expresión de deseos, que algo que se verifique en reconocimiento. A partir de las observaciones de Verón, la semiótica de los medios enfocada en lo enunciativo escindió las escenas de producción/emisión de las de recepción/reconocimiento. La interacción, como espacio de relaciones explícitas entre emisores y receptores mediáticos, no fue tomada en cuenta.

Pero el efecto performativo, o al menos algo parecido, retorna cuando se observa la interacción en la pantalla: un posteo en Twitter desencadena una sucesión de respuestas, muchas veces extensa que construye intercambios, sean serenos y amables, sean

violentos y agresivos. Esos intercambios, que pueden incluir posteos con diversos lenguajes –en realidad, diversas mediatizaciones que juegan entre sí– y que además pueden derivarse en ramas o en *hilos*, no pueden ser asociados a un medio masivo. Pero ¿se parecen a una conversación, o a interacciones individuales, o a *performances* puestas en tensión?

Finalmente, la semiótica debe hacerse cargo del camino propuesto por Scolari y comienza a estudiar intercambios en plataformas múltiples y complejos en diversos niveles. Ni la especialización en medios de sonido, o en las mediatizaciones de lo musical, pueden distraerse de esas nuevas mediatizaciones que, con sus más y sus menos, atraviesan el *postbroadcasting*.

El término interacción ya había ingresado a los estudios no semióticos sobre los medios en Latinoamérica porque se tradujo rápidamente el libro de John B. Thompson (1998 [1995]), *Los media y la modernidad*, en el que le dedicó un largo capítulo a la interacción, con fuerte enfoque en la teoría de Goffman. El modelo interaccional de Goffman es incorporado a la sociología macro de la mediatización y se verán sus relaciones con el estudio de los aspectos micro. El modelo de *sistema de intercambio discursivo mediático* es la propuesta para enfrentar a las tensiones interactivas entre emisores, textos y receptores, y los modos de incluirlos en diferentes modelos teóricos.

Entre los objetivos de esta parte, está el de generar un espacio para discutir las condiciones de intercambio discursivo en el conjunto de las mediatizaciones, pero adaptados a los desarrollos que han llevado a considerar a este como el tercer momento del estudio de las nuevas mediatizaciones. Ahora, además, pueden verse las mediatizaciones previas como generando redes, trabajando en plataformas, al menos en buena parte a la luz de las nuevas. Los avances en diversas investigaciones y la indagación de nuevos

fenómenos obligan a discutir muchos de estos conceptos que se daban por sabidos, superados o abandonados.

2. INTERCAMBIO DISCURSIVO: GENEALOGÍA, ACTORES Y FUNCIONES

Son *sistemas de intercambio discursivo* las diversas relaciones entre *costumbres sociales* por las que *textos* son producidos, distribuidos, interpretados y respondidos por muy diversos procedimientos. Se denominan *textos*, sin pretensiones de originalidad, a las diversas *materialidades*, muchas veces *complejas*, consideradas por la cultura en las que viven como *portadoras de sentidos*. Desde este punto de vista, que texto se confunda con cualquier fenómeno que se considere como *mensaje* no tiene ninguna gravedad.

La tesis básica que justifica el punto de vista del investigador veroniano es la que sostiene que en los textos que se intercambian se encuentran *marcas* que se constituyen en *huellas* de los *dispositivos técnicos* con los que están contruidos y distribuidos, de las *clasificaciones genérico-estilísticas* en las que se inscriben, y de las *propuestas de prácticas comunicacionales y relaciones con usos y hábitos*, y sus realizaciones en la vida social. En esas marcas se deben encontrar también huellas de los *actores* (individuales, masivos, descriptos o imaginados, maquinísticos o institucionales) que intervienen.

En el análisis de esos pasajes de marcas a huellas es imposible que aparezca el total de los factores sociales, culturales y/o económicos que forman parte e inciden en el sistema, pero sí buena parte de ellos. Y lo más importante: si no se tienen en cuenta esas huellas que se construyen a partir de la materialidad del intercambio, se produce el efecto que se describió como de *flotación en un magma semiótico*: el sentido debe ser permanentemente redefinido porque

las diversas dimensiones de lo social requerirán su presencia, más allá de la voluntad del analista o del participante en el intercambio.

En un intercambio *cara a cara* pueden no intervenir dispositivos técnicos, pero sí, siempre, *materialidades* organizadas, más o menos rigurosamente: no es lo mismo lo verbal que lo musical, la gestualidad que la proximidad y el contacto en los usos del cuerpo, la necesidad de que exista aire para que el sonido se escuche o que haya luz para que la imagen cobre vida.

La noción de intercambio, por su parte, surge de lo más profundo de los estudios etnográficos y hay acuerdo en que Marcel Mauss (1979) le ha dado un impulso definitivo cuando, en su *Ensayo sobre los dotes*, agregó al intercambio económico, el intercambio de regalos y denominó a este modelo de vida social “acto social total”. En esa concepción de la vida social conjunto de sistemas de intercambio, se pueden relacionar con las nociones del interaccionismo simbólico: las complejas relaciones que permiten, pero también limitan, amplían, condicionan los intercambios comunicacionales.

Conviene tener en cuenta las observaciones que hace Lévi-Strauss sobre el privilegio otorgado por Mauss al objeto *maná* como central en los sistemas de intercambio y al registro de que el cambio es lo que se observa sólo en el “dar, recibir, devolver”; Lévi-Strauss aclara que el sistema no está en el maná, o sus equivalentes, y sus circulaciones, sino que lo importante es el *sistema relacional* en el que se inscribe (Lévi-Strauss, 1979: 32-39). Llevado esto a los sistemas de intercambio discursivo, desde que Verón dejó en claro que los discursos son lugares de *pasaje* del sentido y no de *depósito* o de *acumulación*, lo interesante de estos sistemas de intercambio no está en los imprescindibles textos que se intercambian (nuestro *maná comunicacional*) sino en los sistemas de relaciones que permiten su construcción y su intercambio.

Tal vez nadie como Umberto Eco haya hecho el esfuerzo, en sus momentos fundacionales, en proponer y discutir fronteras, límites y umbrales para diferenciar los sistemas de intercambio comunicacionales de los otros grandes sistemas de intercambio social, como el de los bienes y los de parentesco (Eco, 1986, 1980). Su conclusión, luego de dos libros, es que “la cultura puede estudiarse íntegramente desde el punto de vista semiótico” (Eco, 1980: 66).

Buena parte de esa discusión sobre los sistemas de intercambio, que incluía términos tales como *código* y *mensaje*, quedaron un tanto olvidados a partir de la definición de Verón de la *semiosis social* como “la dimensión significativa de los fenómenos sociales” (Verón, 1987: 125). El enfoque en lo discursivo y en el sentido nunca eliminó la cuestión de los sistemas de intercambio, pero se perdió su asociación con la terminología proveniente de la lingüística.

Como producto de líneas teóricas que van y que vienen desde y hacia el centro de la escena, la posición fundante de Eco recobra vigencia en la medida en que el último Verón asimila mediatización a la *autonomía* y *persistencia* de la fabricación de instrumentos cortantes de piedra, como “primer interpretante, en la historia humana, del que tengamos una prueba material” (Verón, 2013: 176). Estas generalizaciones tan productivas, discutidas previamente con el título de *Las materialidades mediáticas y sus fronteras*, no han impedido que se diferencie entre *intercambios discursivos*, *intercambios de vínculos afectivos* e *intercambios de bienes y servicios*, a través de diversas *plataformas*, y dejar constancia, en cada caso, de la presencia imprescindible de los intercambios discursivos para que otros se realicen en la vida social, cultural o económica.

Para que un sistema de intercambio discursivo sea inteligible y se pueda intervenir de algún modo en él, además de los tres niveles de sus características discursivas (lo material, lo genérico-estilístico y las costumbres de uso), es necesario que entren en juego diversas

relaciones que permiten sostener, y comprender, la dinámica de su funcionamiento. Aquí se describirán siete entre las más importantes, sobre las que se vuelve en diversos momentos de este texto.

Sin pretender exhaustividad, relaciones básicas a tener en cuenta, que provienen de diversas tradiciones dentro de las ciencias sociales, son las de:

- **Reciprocidad:** es un patrón dentro de la comunicación sistémica, generalmente menos recordado que los de la simetría y los de la complementariedad, pero que puede ser considerado como básico porque tiende a disolver conflictos; hay reciprocidad cuando se parte de condiciones de asimetría en un intercambio, pero se tiende a la simetría en el largo plazo.
- **Redundancia:** para que un intercambio discursivo se considere como tal, debe incluir un cierto componente de previsibilidad y, por lo tanto, de repetición de las costumbres de intercambio en el que se inscribe. Un texto que no incluye ningún rasgo de previsibilidad puede formar parte de un intercambio artístico de tipo *dadaísta*, explotando el rasgo de *non-sense* o corre el riesgo de ser segregado por psicótico.
- **Simetría:** esta relación se observa cuando los integrantes del intercambio tienen los mismos patrones de conducta o estilísticos, pero se diferencian en la orientación de esos patrones, la simetría es necesaria para sostener intercambios argumentativos o combativos, que requieren cierta equivalencia en los intervinientes.
- **Complementariedad:** está presente cuando los patrones de intercambio son fundamentalmente diferentes, pero que encajan entre sí y llevan a intercambios del tipo de la sumisión o del aprendizaje.
- **Presuposición:** si bien Oswald Ducrot está hablando de semántica en *Presupuestos y sobreentendidos*, cuando

comienza a formular la complejidad de este fenómeno, lo describe en términos del “conjunto de conocimientos que permiten prever cuál es el sentido que adquirió la ocurrencia (de un enunciado) en un contexto preciso” (Ducrot, 1984: 30), es decir, el sentido requiere la comprensión del sistema discursivo en el que se inscribe el intercambio, que puede ser, o no, equivalente entre los que intervienen.⁴⁸

- **Implicatura:** cuando Paul Grice introduce la noción de *implicatura* lo hace como representante de un sistema al proponer como término técnico el verbo *implicar* (*implicate*) y los sustantivos *implicatura* –cfr. “lo que implica”–, e *implicatum* –cfr. “lo implicado”–. Con ello evita “tener que recoger cada vez uno u otro de los miembros de la familia a la que *implicar* se encuentra vinculado” (Grice, 1991: 522). La implicatura se diferencia de la presuposición en que, en ella, según Grice, debe aparecer el *principio de cooperación* para que sea comprensible. Es decir que es un principio clave para el intercambio conversacional (y que puede extenderse cualquier otro) (Grice, 1991: 527-531).
- **Enunciación:** todavía la mejor definición del fenómeno enunciativo es la que lo describe como “el efecto de sentido de los procesos de semiotización por los que en un texto se construye una situación comunicacional, a través de dispositivos que podrán ser o no de carácter lingüístico” y que puede incluir relaciones entre emisores y receptores “implícitos, no personalizables” (Steimberg, 2013: 53). Lo enunciativo es, entonces, la función de construcción de

⁴⁸ Toda la discusión sobre la pragmática y las tensiones entre lingüística y semiótica de las mediatizaciones está muy influida por el trabajo con Pablo Porto López, en parte por su formación como magíster en Análisis del Discurso (FFyL-UBA), pero también por su línea de investigación, que se prolonga hacia la tesis de doctorado, sobre *live blogging* y *edición de comments* en portales periodísticos (Porto López, 2010, 2013, 2018). Por supuesto que no debe atribuirse a su cuidado el constante forzamiento *socio* que se hace aquí sobre lo lingüístico.

intercambio, estén o no presentes los intervinientes durante todo su despliegue.

Reciprocidad y redundancia son dos relaciones básicas de cualquier intercambio y, en cierta manera, todas las otras son modalizaciones de ellas. No existe intercambio si los recorridos textuales, explícitos o implícitos, son unidireccionales. Tampoco si es necesario aclarar, en cada ocurrencia, *todas* las reglas y los contenidos del intercambio. En una conferencia, muy unidireccional, la permanencia, la atención y la vigilia son respuestas a la emisión del conferencista; en un noticiero televisivo tradicional, el rating o las cartas de oyentes son también respuestas.

Reciprocidad, simetría y complementariedad fueron descriptas por Gregory Bateson (1976: 93-94) tratando de precisar modos de contacto y construcciones de grupos y conflictos entre ellos; las tres siguientes, en cambio, son producto de las transformaciones de los estudios sobre lo discursivo en el proceso de comprender los límites del enfoque lingüístico para su comprensión.

La presencia de la reciprocidad es imprescindible para sostener la noción de intercambio, pero es un concepto blando desde el punto de vista de cada tipo de intercambio: así como puede haber respuestas simétricas o complementarias (a una opinión responder con una opinión, o a una pregunta responder con una respuesta y diversas variantes en cada caso como, por ejemplo, tomar a una opinión como pregunta), puede haber respuestas con diversas temporalidades: leer un texto impreso milenios después de ser escrito, es un tipo de respuesta dentro de un intercambio, en tanto que es difícil que esa lectura no genere un metadiscurso en reconocimiento compartido con otros.

Cuando Eco evalúa la “competencia discursiva” dice que

el comportamiento interactivo se basa en reglas de redundancia (...), y si tuviéramos que escuchar, leer u observar

cada expresión que se nos comunica, analizándola elemento por elemento, la comunicación sería una actividad bastante fatigosa. (Eco, 1980: 243)

Es sabido que la noción de redundancia es clave en la *teoría matemática de la información* (Weaver, 1948, 1957), y es válido preguntarse si ya se debe relacionar este nivel en los intercambios discursivos con los *cibernéticos* en épocas de tratamientos matemáticos de la información, big data y algoritmos.

Cuando hay ruido en un canal, existe una ventaja real en no utilizar un proceso de codificación que elimine toda la redundancia. La redundancia restante ayuda a combatir el ruido. Esto es muy fácil de ver, solo debido al hecho de que la redundancia del inglés es alta, dado que uno tiene, por ejemplo, poca o ninguna vacilación en corregir errores de ortografía que han surgido durante la transmisión. (Shannon y Weaver, 1964: 22) (TdA)

Como se ve, dejando de lado los matices terminológicos, cualquier proceso de intervención en un intercambio exige respetar aspectos básicos de comprensión, y no sólo semánticos. No hay dudas de que se va hacia ese escenario de convergencia con los tratamientos matemáticos de gran cantidad de datos que habilita el acceso a las redes de las plataformas, pero parece que todavía hacen falta mediaciones para sacar todo el provecho a las inmensas posibilidades del data-mining y sus algoritmos (Fernández, 2020b).

Por ahora conviene recuperar la noción de redundancia como aparece en Eco, en tanto condición de base de los intercambios y, en ese camino, traer a la escena la noción greimasiana de *isotopía*, pensada para responder a la *heterogeneidad* discursiva, desde la que “el problema de la unidad del mensaje, indiscutiblemente captado como un todo de significación, se plantea inevitablemente” (Greimas, 1976: 106). Las redundancias gramaticales y las

jerarquías semánticas, pero también la presencia de relatos y argumentaciones han servido para proponer isotopías. De todas las que ha propuesto Greimas, se confía aquí centralmente en las isotopías *estilísticas*, esos rasgos conflictivamente comunes que agrupan, para la propia sociedad, conjuntos de textos y/o a sectores sociales. Así la descripción estilística de un intercambio puede diferenciar efectos de sentido por la presencia, o no, de redundancias, sus excesos o sus carencias.

La presuposición y la implicación, por su parte, provienen de Austin y, como se verá después, es Grice el que introduce la noción de implicatura. En Austin:

La presuposición y la implicación son dos maneras en las que la verdad de un enunciado puede estar ligada de modo importante con la verdad de otro, sin que sea el caso que de uno se siga al otro en el único sentido que toman en cuenta las personas obsesionadas por la lógica. (Austin, 1982: 97)

Mientras la presuposición en Austin proviene exclusivamente de la lógica proposicional, la implicación, en cambio, tiene un estatuto ambiguo entre lógica y acción: “Puedo asentir con un movimiento de cabeza, o afirmar o negar algo por implicación cuando digo otra cosa” (Austin, 1982: 57).

Hay dos aspectos allí que generan problemas para la semiótica de las mediatizaciones: la noción de *enunciado* como *enunciado verbal* y la cuestión de la verdad, porque, como sugirió Alicia Páez, para sostenerla desde lo lingüístico, será necesario que “un cierto acto de lenguaje deba negarse como tal, que el sujeto deba retroceder y desaparecer de su hacer, para ‘hacer lugar a la verdad’” (Páez, 1980: 111). Si se entiende a los intercambios discursivos mediáticos desde su materialidad, desde su hacer, la construcción de la verdad es imposible; siempre estará la construcción a la vista, y la verdad será sólo el resultado del verosímil propio del

sistema discursivo. La mediatización sólo exhibe esos mecanismos que pasan por verdad, en sus fronteras o en sus intersticios.

¿Por qué Grice se ve obligado a reemplazar *implicación* por *implicatura*?

Quiero introducir ahora como término técnico el verbo “implicar” (implicáte) y los sustantivos “implicatura” –cf. “lo que implica”– e *implicatum* –cf. “lo implicado”–. La razón de ser de esta maniobra es que con ella se soslaya tener que recoger cada vez uno u otro de los miembros de la familia a la que “implicar” se encuentra vinculado; este hará la labor de todos ellos. (Grice, 1991: 514)⁴⁹

Con ese movimiento, Grice despega la implicación de la lógica proposicional y la convierte en norma de lo conversacional, es decir, que resulta importante para el intercambio.

Respecto de la noción de presuposición, que ha sido siempre entendida dentro del mundo lingüístico y, más precisamente, del semántico, el interés se debe a que muestra la complejidad a la que debe recurrirse para dar cuenta de la referencia del más simple enunciado. Así:

Pedro vino presupone que Pedro existe, presupone asimismo que el mundo existe, que mi interlocutor me comprende, incluso, tal vez, que se interesa por el tema de que le hablo. (Ducrot, 1984: 17)

Esto que se afirma de lo verbal, puede decirse de cualquier dimensión de un intercambio discursivo: de un modo de titular, de

⁴⁹ En realidad, la definición de implicatura que nos interesa aquí es la que Grice denomina *implicaturas no-convencionales*, no puramente lingüísticas, sino que las denomina *conversacionales*, regidas por el *principio de cooperación*, que describe así: “Haga usted su contribución a la conversación tal y como lo exige, en el estadio en que tenga lugar, el propósito o la dirección del intercambio que usted sostenga” (Grice, 1991: 515-516). Es decir que estas presuposiciones se fundamentan sobre un principio de *sostenimiento lógico del intercambio*.

un diseño de interfaz, de una jerarquización temática, de un modo de figurar o representar, no es algo excluyente para lo verbal o lo lingüístico.

Si bien presuposición e implicatura se solapan parcialmente, la diferenciación nos resulta productiva. La implicatura tenderá en los análisis a comprender los ordenamientos de interacción propuestos en un intercambio (en el doble sentido de que un posteo, por ejemplo, implica a otros, pero también que el que responde queda implicado en el intercambio). La presuposición, en cambio, pondrá siempre en juego los saberes y las discursividades que se incluyen y/o excluyen del intercambio. La implicatura será siempre relativamente de *frontera* y la presuposición expondrá más bien lo *intersticial*.⁵⁰

3. ENUNCIACIÓN VS. INTERACCIÓN

Una vez descrito el sistema de intercambio discursivo mediático –como unidad de análisis central en el estudio de la vida en plataformas, y también sus relaciones básicas–, hace falta ajustar la relación de esa definición como espacio de relación entre las diversas disciplinas que estudian a la mediatización.

Se supone como muy conflictiva la convocatoria para comprender los sistemas de intercambio discursivo, de los saberes de la antropología sistémica, los de las lingüísticas, los de la primera semiótica y hasta las teorías matemáticas de la información. Pero todavía queda una provocación más: el núcleo clave a discutir para alcanzar aquel objetivo multidisciplinario de comprensión de los

⁵⁰ El estudio de la *presuposición* y lo *sobreentendido* requiere un despliegue que sólo se ha esbozado hasta ahora y que forma parte de un trabajo en desarrollo que incluye los diferentes modos de entender, desde los dispositivos técnicos mediáticos, hasta las diversas formas de interacción e intertextualidad que relaciona a los individuos en la mediatización, siempre más cerca ellos, desde esta perspectiva, de la noción de *nodo* que de *persona* con *identidad*.

Este libro se terminó de escribir durante la pandemia de 2020, pero las discusiones que se propone la atraviesan. Aún más, el COVID-19 acentuó los efectos descriptos aquí.

En la explosión de las plataformas de videoconferencia como Zoom, Meet o Jitsi, encontramos prácticas previamente utilizadas en otras como Skype, Messenger o WhatsApp. La época se define por nuevas intersecciones entre las mediatizaciones de la vida afectiva, política, artística, comercial y laboral, y por nuevas relaciones entre las mediatizaciones en vivo y las grabadas, las individuales y las grupales, que fuerzan las fronteras del *postbroadcasting*. Son las vidas mediáticas, así como las plataformas, las redes y sus ecosistemas, las que se vienen alterando. Los fenómenos mediáticos de convergencia y divergencia obligan a nuevas relaciones entre puntos de vista distintos y disciplinas diversas.

“Vidas Mediáticas. Entre lo masivo y lo individual es un gran llamado de atención a los enfoques simplistas o monodimensionales que pretenden explicar lo que está pasando en la esfera mediática. Y ni te digo de las políticas (no sólo comunicacionales) basadas en esas miradas que rehúyen la complejidad”.




Carlos A. Scolari, del Prólogo.

mediatiz

ISBN 978-987-601-269-0



9 789876 012690

 La Crujía - Editorial y Librería
 lacrujiaeditorial
 @LaCrujiaEd